

José Zorrilla

Ira de Dios, poema bíblico



GENIO MALIGNO

JOSÉ ZORRILLA

Ira de Dios, poema bíblico

GENIO MALIGNO

Ira de Dios, poema bíblico, de José Zorrilla.

Esta obra se encuentra en dominio público en la República Argentina (Ley 11.723). Última muerte relevante: 1893. Dominio público en Argentina desde el 1/1/1964.

Texto tomado de Wikisource en español: https://es.wikisource.org/wiki/Ira_de_Dios%2C_poema_b%C3%ADblico. La transcripción de Wikisource se distribuye bajo licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0.

Edición digital: Genio Maligno, biblioteca de dominio público. geniomaligno.com.ar

Canto I

Canto primero

Canto de Dios la omnipotente saña,
la justicia de Dios omnipotente:
justicia suma y a piedad extraña
que ejercida por *Él* con torpe gente,
sobre el polvo infructífero que baña
el Muerto mar con fétida corriente,
la marca colosal dejó al impío
de su justo y excelso poderío.

Espíritu de Dios, que eterno vives
sin principio ni fin; Tú que, uno y trino,
al Padre igual y al Hijo, no recibes
ni das el ser de vuestro ser divino:
Tú que en el libro de la ciencia escribes
las memorias del tiempo y del destino,
baja a mi mente, que si Tú me inspiras
bardo seré de las celestes iras.

Ya al confín de los montes de Judea
y entre negros peñascos, abre un valle
a un río turbio, que sus pies rodea,
honda y desierta y silenciosa calle.
Sólo este río su caudal emplea
un lago en mantener, do es fuerza que halle
su curso fin y término el desierto:
y allí es donde el Jordán traga el mar Muerto.

Sobre aquellas arenas movedizas,
que el sagrado Jordán jamás fecunda,
yacen bajo del lago las calizas
ruinas de Pentápolis inmunda.
Allí es donde sus fétidas cenizas
el lodo amasan en que el mar se funda,
y do están las impúdicas moradas
de las cinco ciudades condenadas.

Nunca aquellas estériles montañas
e infecundas arenas han podido
fermentar ni nutrir en sus entrañas
flor campesina ni zarzal tupido:
ni allí hicieron pastores sus cabañas,
ni ganados jamás las han pacido,
ni buscaron sus sombras las gacelas,
ni surcaron su mar perdidas velas.

No se posó jamás un solo instante
de aquellas rocas en las calvas crestas
buitre cansado o golondrina errante:
ni de sus cuevas lóbregas e infestas
solitario león fué el habitante:
ni por sus lomas ásperas y enhiestas
arrastróse jamás buscando asilo
sierpe sagaz, ni verde cocodrilo.

Nunca las ondas de su extenso lago
perfumada meció lánguida brisa,
ni alzó murmullo soñoliento y vago
en ellas columpiándose indecisa.
Eterno acento del eterno extrago,
de aquellos valles la existencia avisa
de eterna tempestad el eco ronco
que en el ancho arenal expira bronco.

Nada, nada hay allí que tenga vida:
ni flor, ni insecto, ni bajel ni fiera
mantiene aquella tierra corrompida,
revuelto mar y lóbrega ribera.
En esta tierra inerte y maldecida
pesa de Dios la mano justiciera,
y un paraíso a la delicia abierto
en su comparación es el desierto.

Mas no fueron lo que hoy en algún día
este valle, este mar y estas montañas;
no fueron siempre al ruido y la alegría
de población y de cultivo extrañas:
un tiempo fué que mayo las vestía,
no de musgo y silvestres espadañas,
mas cercadas de bosques protectores
de rubias mieses y olorosas flores.

Entonces la cubrían sus vallados,
y sus fecundos cerros coronaban
alamedas y huertos y ganados,
que las vecinas tierras envidiaban:
reyes ten, y pueblos, y soldados,
que con armas y leyes la guardaban,
y de sus armas y sus leyes fruto
de las vencidas recibió el tributo.

Cobijábala entonces limpio cielo
fecundador y azul, que allí vertía
calor, que más feraz tornaba el suelo;
lluvia, que sus corrientes mantenía;
aura, que al labrador siendo consuelo,
daba a sus selvas mágica armonía,
a sus plantas vigor, jugo y colores,
salud a sus robustos moradores.

Allí brotaba el cerro incorruptible,
el limonero allí de frutas de oro,
el umbrío moral al sol sensible,
del olivo y la vid el gran tesoro.
Y daban por doquier sombra apacible
y gala a la campiña, el sicomoro,
el nogal, y los nópalos azules,
las palmas y los recios abedules.

Y como en cercas, huertos y jardines
por afanoso dueño cultivados,
veíanse allí crecer en los confines
de sus silvestres cotos y vallados,
purpúreas rosas, pálidos jazmines,
rojos claveles, alhelís morados,
renúnculos, violetas y jacintos,
en ser iguales y en olor distintos.

De su aroma atraídos y frescura
y nacidos en medio de las flores,
revolaba, meciendo su aura pura,
de insectos multitud, cuyos colores,
inquietud, y susurro y galanura
aumentaban del campo los primores,
con su alas y sonos dando al viento
música dulce y manso movimiento.

En los espesos árboles sus nidos
colgaban contentísimas las aves,
los ojos recreando y los oídos
con plumas varias y gorjeos suaves:
y entre el rumor de arroyos escondidos
se mezclaban, ya plácidos, ya graves,
al continuo balar de las ovejas
y al sordo murmurar de las abejas.

Era entonces, en fin, un paraíso
de la rica Pentápolis el suelo,
y lo fuera por siempre si en aviso
tuviera siempre su temor al cielo:
mas provocarle a la venganza quiso
con torpe rito y con inmundo anhelo,
y el cielo se cansó de su insolencia
y fulminó sobre él fiera sentencia.

Pródigo el sumo Dios vertió en su seno
gracia, placer, fertilidad y vida,
pero sus dones convirtió en veneno
la raza de aquel suelo corrompida.
Dios le dió un corazón sencillo y bueno,
y en sencillez inculta mantenida
fué su raza leal, sencilla y buena,
a desdichas y crímenes ajena.

Pero cambió su ser con la ventura,
creció con la riqueza su osadía:
a las tierras vecinas dió pavura
el poder el mostrarlas que tenía,
y adoró su poder: y en su locura
olvidando a su Dios su altanería,
de abominables culpas se hizo rea
Pentápolis, baldón de la Judea.

Todo lo trastornó; todo lo puso
en distinto lugar do fué criado,
con dañada intención y torpe abuso
todo, al fin, convirtiéndolo al pecado.
Los ojos apartó su pueblo iluso
del Dios que con piedad le había mirado,
y levantando altares a sus vicios
ofrecióles inmundos sacrificios.

Vallas no tuvo ya, no sintió freno:
fué su Dios el placer, su ley el gusto;
cuanto le deleitara dió por bueno,
cuanto sirviera a su placer por justo:
y el corazón y el pensamiento lleno
de su torpeza, sin pudor ni susto,
la raza de la impúdica Sodoma
vergüenza fué de la impudente Roma.

Gomorra, Seboín, Segor y Adama,
de su tierra hermosísimas ciudades,
frutos podridos de la misma rama,
la siguieron al par de sus maldades:
y a par ganando abominable fama,
alcanzaron a ser sis liviandades
con rito vil y torpe ceremonia
escándalo a la misma Babilonia.

La mujer, que del hombre compañera
nació, su fe para alentar en vida,
más fácil para hacerle y llevadera
su existencia entre duelos consumida;
en la abominación fué la primera,
y cuanto débil más, más atrevida
patentizó con vil desenvoltura
a los ojos del crimen su hermosura.

Callaron, ¡ay!, cediendo a sus caricias,
dudas, remordimiento y pareceres;
porque hijas de esta tierra de delicias
nacidas al amor y a los placeres,
de su amor ofreciendo las primicias,
era la liviandad de sus mujeres
del hombre rudo al apetito ciego
segura red, e irresistible fuego.

Por sus pasiones viles dominado,
hecho, por fin, de sus sentidos siervo,
de su celeste origen olvidado
y en su abandono y ceguedad protervo,
en el ara del templo profanado,
dando a su solo Dios pesar acerbo,
colocó a la mujer audaz el hombre
y de su mismo Dios prestóla el nombre.

Y admirando en la lumbre de sus ojos,
y en la espiral de sus flotantes rizos,
de su amoroso ceño en los enojos,
y en su grata sonrisa, mil hechizos,
adoró su capricho y sus antojos,
sus dotes adoró más quebradizos,
y tomando por dioses sus mujeres,
divinizó con ellas sus placeres.

Divinizó las notas de su acento,
divinizó los besos de su boca,
divinizó el aroma de su aliento:
y en la embriaguez de su licencia loca
ajeno a todo noble sentimiento,
su impía adoración juzgando poca,
arrollado el pudor, roto el decoro
dijo: «La hermosa desnudez adoro.»

Y no fué parte de su cuerpo bello
de que un ídolo infame no se hiciera:
su breve pie, su alabastrino cuello,
su pecho, que la marfil envidia fuera,
las perfumadas trenzas del cabello,
cuanto al pudor nombrándose ofendiera,
dando inauditos de torpeza ejemplos,
se adoraron por calles y por templos.

Cansáronse el buril y los cinceles
en grabar tan groseras alusiones;
premio fueron las palmas y laureles
de las más execrables invenciones:
expiró en los tormentos más crueles
quien sus ritos llamó profanaciones,
y elevaron doquier en pedestales
de su creencia inmunda las señales.

Con estos jeroglíficos impuros
se adornaron los pórticos, las fuentes,
las plazas, y las calles y los muros:
y no quedaron ojos inocentes,
ni oídos castos, ni recuerdos puros,
ni rubor en los rostros impudentes,
ni encerró nada más aquel recinto
que infamia imbécil y brutal instinto.

Los vicios desde allí virtudes fueron,
los vicios desde allí se alambicaron,
y en cuantos vicios abarcar pudieron
con vértigo carnal se encenagaron.
Con cuantos atractivos concibieron
la torpeza del vicio engalanaron;
y en la más terrenal idolatría,
desbocada Pentápolis corría.

«¡Orgía!, ¡orgía!», los réprobos gritaban:
«¡orgía!, ¡el placer es nuestro dios!», decían:
y blasfemos cantares entonaban,
y en festines opíparos bebían;
y con ardientes vinos excitaban
el fuego en que sus ánimas ardían,
y expiraba en los anchos arenales
el ruido de sus largas bacanales.

Ningún delito entre ellos era nuevo,
ningún refinamiento o torpe aliño
que pudiera al placer servir de cebo:
y útil era la bestia, el leño, el niño,
y la viuda, la virgen y el mancebo...
Mas tente, pluma, que en maldad te tiño
y a llevarte adelante no me atrevo:
que a lo que el mismo Dios volvió sus ojos,
diera en mi voz al universo enojos.

Volviólos, sí, su creadora lumbre
negando a tan impúdica torpeza:
apartólos de aquella muchedumbre
que, profanando su mortal belleza,
del vicio en la asquerosa podredumbre
enfangó su feroz naturaleza,
dejándola sin freno y sin cuidado
desbocada correr tras el pecado.

Se hundió en lo más recóndito del cielo
apesarado Dios cuanto ofendido,
haciendo entre *Él* y los humanos velo
del aire y del espacio indefinido:
y al pensar a la raza de aquel suelo
en aplicar castigo merecido,
su espíritu asaltó santa tristeza
cediendo a su piedad su fortaleza.

Que no fué nunca el Dios de los humanos,
el Dios que al ruego se resiste y huye,
y la obra bella de sus propias manos
con caprichosa sinrazón destruye.
No es nuestro Dios el Dios de los tiranos
que con la fuerza al corazón arguye,
sino es el Dios que la inocencia abona,
y oye al que ruega, y al que cree perdona.

No es nuestro Dios el Dios de la venganza
que se goza en el mal y el duelo ajeno,
y sofoca la luz de la esperanza
convirtiendo su bálsamo en veneno.

No es Dios el Dios a quien jamás se alcanza
ebrio de su poder, de su ira lleno,
sino el Dios que despeja el ceño adusto
benigno oyendo la oración del justo.

Es nuestro Dios el Dios de las piedades,
es el Dios del consuelo y la indulgencia:
el Dios a quien, si enojan las maldades,
desarman la humildad y penitencia:
es el Dios que perdona las ciudades
de diez justos no más por la inocencia,
el Dios que el crimen sin piedad castiga,
pero es el Dios que castigando obliga.

El soberano Dios justo y severo
que el rayo al fulminar de su justicia,
al torpe criminal muestra primero
la inmensa gravedad de su malicia;
el Dios que llama al corazón sincero
del pecador cuyo perdón codicia,
para que al conocer su omnipotencia,
con ruegos le desarme y penitencia.

Dios es el Dios que con afán prolijo
formó la creación, y viendo luego
la maldad de los hombres, lo maldijo,
su raza en extinguir pensando ciego:
mas escuchando de su excelso Hijo
antes de destruirla el santo ruego,
dijo, mostrando su infinito encono:
«A precio de tu sangre les perdono.»

Y se efectuó el misterio sacrosanto
de nuestra rendición. Rotas y abiertas
le lloraron las peñas con espanto
de tamaño rigor: mas las inciertas
moradas del Edén a precio tanto
dejaron otra vez francas sus puertas,
y la raza maldita y condenada
fué con la sangre de su Dios lavada.

Canto II

De Hebrón en la comarca bendecida
hay un valle amenísimo y fecundo,
que la nación de Jehová escogida
llamaba de Mambré: no encierra el mundo
en su extensión del hombre conocida,
ni en la que hasta ora sólo el mar profundo
viera, y a do jamás pie vacilante
llegó de peregrino o navegante,

ningún país do con mayor largueza
derramara el Señor sus bendiciones;
pródiga allí mostró naturaleza
en pompa singular todos sus dones:
uniendo a la hermosura la riqueza
míranse allí a la par las estaciones,
y otoño, primavera, flor y fruto,
unido al hombre ofrece su tributo.

Allí el nogal junto a la palma crece,
y el oloroso cedro y manso tilo,
y el plátano flexible se estremece
a la sombra del álamo tranquilo:
allí el haya frondosa amante ofrece
a la sencilla tórtola un asilo,
y el sauce, el tamarindo y sicomoro
con el árbol se ven de frutos de oro.

El fuerte olivo de inmortal verdura
crece lozano al margen de la fuente,
la prolífica vid en la espesura
gime bajo su fruto transparente:
mientras allá en la espléndida llanura,
al blando soplo de fugaz ambiente,
las doradas espigas a millares
se mecen cual las olas de los mares.

Al borde suena aquí de la quebrada,
del buey el melancólico mugido,
bajo la sombra allí de la enramada
de las mansas ovejas el balido:
y al volver por la tarde a la majada
pueblan el aire en múltiple sonido
pastores y ganados y cencerros
y el honrado ladrido de los perros.

En este valle tan feraz y ameno,
lejos del aire corruptor mundano,
y a su amargura y crímenes ajeno,
vivía en aquel tiempo un buen anciano:
de años cargado y de riquezas lleno,
padre más bien que duro soberano
de sus siervos, el rey de los pastores,
tenía allí su tienda entre las flores.

Llamábase Abrahán —en el lenguaje
que usaba entonces la nación hebrea,
Padre de muchos—. Cuando en tardo viaje
vino allí de la tierra cananea,
así le habló el Señor: «De tu linaje
saldrán reyes ilustres de Judea;
más que reyes aún, saldrá el Mesías
cuando se cumplan los fijado días.»

Y el patriarca esperaba el cumplimiento
de las promesas de si Dios seguro,
y su vida pasaba en curso lento
como las ondas de arroyuelo puro:
jamás manchó su vida turbulento
el crimen, ni agitó deseo impuro
las aguas cristalinas de su alma
que reposaban en tranquila calma.

Delante de su tienda
so la enramada umbría,
cuando del mediodía
más vivo es el calor,
está Abrahán sentado
en plácido sosiego;
mas súbito un gran fuego
ante sus ojos vió.

Alza la vista al punto
por ver de dónde vino,
y un rojo torbellino
miró cerca de sí;
de cuyo oscuro centro
salieron tres varones,
que ven sus emociones
con blando sonreír.

Entonces el buen anciano
con susto se levanta,
y la insegura planta
dirige hacia el Señor;
diciendo: «Si tu esclavo
halló en tus ojos gracia,
debajo de esta acacia
descansa, por favor.

Para tus pies divinos
traeré el agua más pura,
y aquesa tierra impura
yo mismo lavaré;
y de mi tienda humilde
bajo el amigo toldo,
cocido en el rescoldo
mi pan os partiré.»

Entonces los tres varones:
«Haz como has dicho», dijeron;
y entró Abrahán, presuroso,
so el hospitalario techo.

Y dijo a su esposa Sara:
«Tres sats amasa presto
de flor de harina, y haz panes,
y cuécelos bajo el fuego.»

Y corriendo a la vacada,
cogió un hermoso becerro,
diólo a un mozo, el cual al punto
lo mató y cociólo luego.

Y manteca y leche pura
tomó también, y dispuesto
ya el festín, sirviólo él mismo
a los fúlgidos viajeros.

Luego que hubieron comido,
dijo así el mayor de entre ellos:
«Descubrirte quiero ahora
mis designios sempiternos.

Pentápolis torpe se lanza
en manos del crudo Abdalón;
la puse en mi eterna balanza,
su crimen el peso inclinó.

Sodoma su grito ha aumentado;
Adama se goza en su error;
dobló Seboín su pecado,
y Gomorra pesó sin temor.

Desciendo a su fértil llanura,
y allí por mis ojos veré
si la obra satánica impura
del crimen colmó su altivez.»

Y saliendo, el camino tomaron
de Sodoma hacia el fértil confín;
mas no mucho de allí se apartaron
que Abrahán, resolviéndose al fin:

«¿Destruiré, gran Señor, tu justicia,
en injusta sacrílega unión,
del impío la torpe malicia
y del justo el leal corazón?

Lejos, lejos, Señor, de tu mente,
una acción tan indigna de Ti;
¿verteráse la sangre inocente
porque viva entre el vicio infeliz?

Si justos en Sodoma hallas cincuenta,
¿tendrán igual fortuna
que la impía muchedumbre turbulenta
que en el pecar se auna?

—Si hallo cincuenta justos en la impía
ciudad, ten por seguro,
que no enviaré la muerte y la agonía
sobre el malvado muro.

—¿Y si hallas cinco menos? —Su recinto
perdonaré clemente.

—Y si faltaren diez, ¿será distinto
el fin de tanta gente?

—Perdonaré también. —¿Si quince hallares
de menos en la cuenta?

—¡Perdonaré por ellos mil millares!

—¿Y si hallas sólo treinta?

—¡También!» Mas Abrahán con rudo ahinco,
siguió de aquesta suerte:

«—¿Y si sólo se encuentran veinte y cinco,
les enviarás la muerte?

—Por veinte, o quince, o diez, si los reúnes,
tú mi palabra toma;
por amor de los diez serán impunes
los vicios de Sodoma.»

Mas cuando el claro sol anuncie al mundo
que nace un nuevo día,
caerá entera en el bátratro profundo
Pentápolis impía.

Canto III

Faltó la luz de los divinos ojos
en la comarca de la tierra impura
y el sol la iluminó con rayos rojos
de sangriento color: por su llanura
barrió sus mieses, árboles y abrojos
ráfaga ardiente. Por doquier augura
la lóbreguez en que la tarde cierra
la enemistad del cielo con la tierra.

Pronto los gigantescos nubarrones,
que aglomeró tempestuoso el viento,
robaron a los ojos las regiones
de la extensión azul del firmamento.
Pronto impotente el sol sus pabellones
no pudo atravesar, y en tal momento
a mitad de la tarde expiró el día
por el recinto de la tierra impía.

Sobre ella sólo el colosal nublado
se cernía en los aires suspendido,
el cerco de su suelo condenado
dejando con su sombra oscurecido.
Mas dejando a la par iluminado
el terreno en redor no maldecido,
reinaba sólo en la comarca impía
noche temprana, pero en torno el día.

Tal fué la marca y funerario velo
que le puso el Señor, la gran sentencia
al fulminar sobre el infame suelo
que despreció su paternal clemencia.
Y separada así de tierra y cielo
y decretado el fin de su existencia,
al santo ejecutor de su destino
llamó a sus pies el Hacedor divino.

Al eco de su acento poderoso
vaciló el universo estremecido,
y al eco de su acento, presuroso
voló a sus pies el ser desconocido
que evocaba su voz: ser pavoroso
a cuyo brazo el orbe sometido,
una señal del Criador espera
para incendiar la creación entera.

¡Oh, tú, cuyo fanal mis pasos guía,
de cuya luz inextinguible mana
el raudal de la sacra poesía,
genio radiante de la fe cristiana!
Tú inspira aliento a la garganta mía,
da tu vigor a mi palabra humana
para hacerme escuchar de los mortales
al cantar los misterios celestiales.

En un confín recóndito del cielo,[1]
de una selva viviente circundado,
denso y confuso y misterioso velo
que le tiene del orbe separado,
hay un alcázar de azabache, oscuro,
que en un hondo torrente ensangrentado
la sombra pinta de su inmenso muro
en contornos de sangre reflejado.

Jamás el aura de perfume henchida,
que en los jardines del Edén murmura,
en tal lugar estremeció perdida
del rudo bosque la hojarasca dura;
ni el sol radió con fugitiva lumbre,
ni sonó por la lóbrega espesura,
ni retumbó en la cóncava techumbre
más que el rugir de la corriente impura.

El aire denso, sin color e inmoble,
que aquel recinto por doquier rodea
hace el pavor de quien se acerca doble
y doble el caos a quien ver desea:
sólo se alcanza entre las altas puntas,
que el recio vendaval nunca cimbreo,
entre dos torres del alcázar juntas
un faro que en la sombra centellea.

Ni ser alguno penetró el misterio
que guarda allí la ciencia omnipotente,
ni se sabe cómo es aquel imperio
donde nunca se oyó rumor de gente;
ni arcángel sabio ni profeta diestro
de este sitio alcanzó confusamente
más que la lumbré del fanal siniestro
y el estruendo medroso del torrente.

En este bosque oculto y solitario,
en este alcázar negro y escondido,
donde nunca llegó pie temerario,
ni descansó jamás ojo atrevido,
ni más sol alumbró que el rayo rojo
del fanal en sus torres suspendido,
tiene el Señor las arcas de su enojo
y el horno de sus rayos encendido.

Y allí vive un espíritu terrible
que al son de aquellas aguas se adormece,
y a los ojos de Dios sólo visible,
al acento de Dios sólo obedece.
Arcángel vengador, del cielo asombro,
cuando deja el lugar do se guarece,
el rayo ardiendo y el carcaj al hombro
pronto a la lid ante su Dios parece.

Espíritu sin fin ni nacimiento
la eternidad existe en su memoria:
Él sólo del sagrado firmamento
entera sabe la infinita historia:
y al sólo ruido de sus negras alas,
a su sola presencia transitoria,
del firmamento en las eternas salas
se suspenden los cánticos de gloria.

Aborto del furor omnipotente,
Arcángel torvo que las vidas cuenta,
vela de Dios el arsenal ardiente
y los ultrajes del Señor asienta.
El carro guarda allí cuya cuadriga
relincha con la voz de la tormenta,
y allí está con su lanza y su loriga
la copa en que su cólera fermenta.

En ella hierve con fragor horrible
el ancho vaso hasta los bordes lleno,
el tremendo licor incorruptible
de las iras de Dios; y en su hondo seno
se fermenta la esencia del granizo,
y de la peste el infernal veneno,
y el germen del relámpago pajizo,
y el espíritu cóncavo del trueno.

Allí está el aire que el contagio impele,
el zumo allí de la cicuta hendida,
la sed del tigre que la sangre huele,
y de la hiena la intención torcida.
Y allí bulle en el fondo envenenado
la única de furor lágrima hervida
con que lloró Luzbel desesperado
su venturosa eternidad perdida.

En aquel arsenal inexpugnable,
instrumentos de la ira omnipotente,
germinan en rebaño formidable
las mil desdichas de la humana gente.
Y los vicios en torpe muchedumbre
se apiñan a beber la luz caliente
de aquel fanal de cuya viva lumbre
es el sol una chispa solamente.

De allí se lanza con horrible estruendo
a ejecutar la voluntad divina
el misterio o espíritu tremendo
que en este alcázar funeral domina.
Arcángel fiero, portador de enojos,
ase la copa, y por doquier camina,
el aire inflaman sus airados ojos
y las estrellas con los pies calcina.

Con él va la tormenta; el trueno ronco
bajo sus alas cruje; desgredada
de armas y quejas con estruendo bronco
la guerra detrás de él va despeñada:
y asidas a las orlas de su manto
van tras él, con la muerte descarnada,
la peste, el hambre, y el amor, y el llanto,
y la ambición de crímenes preñada.

El espacio a la vista palidece
y entolda su magnífica apariencia:
el disco de la luna se enrojece,
y mancha el sol su fulgurante esencia.
Doquier las nubes, que su sombra evitan,
se chocan y se rompen con violencia,
y cometas doquier se precipitan,
présagos, ¡ay!, de la fatal sentencia.

A su soplo la mar se encoleriza,
y con gigante voz muge y atruena,
la planta de sus pies torna en ceniza
la limpia concha y la esponjosa arena.
El monte huella y la cerviz le inclina;
pisa en el valle y de feto le llena;
y en la ciudad que a perecer destina
vierte el licor fatal y la envenena.

Y ese el arcángel fué que inexorable
lanzó al desnudo Adán del paraíso,
y de su raza en él junta y culpable
fijó a la vida término preciso.
Él arrancó en el Gólgota empinado
el ¡ay! postrero que exhaló sumiso
el Dios que de la mancha del pecado
borrar la sombra con su sangre quiso.

Él turbó la insensata ceremonia
del pueblo santo ante el becerro impuro:
sentenció a Baltasar y a Babilonia
con tres palabras que pintó en el muro:
inspiró al receloso Ascalonita
el degüello fatal, y abrió seguro
nicho a Faraón, que con su gente habita
del indignado mar el fondo oscuro.

Él llevó el fuego de Alarico a Roma,
llevó a Jerusalén a Vespasiano,
en una noche convirtió a Sodoma
en lago impuro y en vapor insano;
rompió las cataratas del diluvio
cegadas al impulso soberano,
y encendió las entrañas del Vesubio,
que busca sin cesar otro Herculano.

Y ese será el espíritu tremendo
cuya gigante voz sonará un día,
y a su voz de la tierra irá saliendo
la triste raza que en su faz vivía.
La creación se romperá en sus brazos;
y cuando toque el orbe en su agonía,
cuando a su soplo el sol caiga en pedazos,
¿qué habrá ante Dios? La eternidad vacía.

Tal fué el arcángel que la voz oyendo
del sumo Dios, su habitación dejando
y a la voz del Señor obedeciendo,
a los pies del Señor partió volando:
y el espacio un instante oscureciendo
y los puntos un punto dislocando,
en la mitad de las celestes salas
al gritar: «Heme aquí», plegó las alas.

De la Salén divina a su presencia
suspendióse la gloria de improviso.
Reverberó en su faz la omnipotencia,
y el justo la cerviz dobló sumiso.
Postrósele en redor con reverencia
todo ser morador del Paraíso,
y al misterio terrible quedó atento
en silencio y pavor el firmamento.

Rasgóse el pabellón de pedrería
que de la Trinidad cerca el santuario,
y el germen de la luz que se escondía
bajo el tapiz viviente del Sagrario
vertió la lumbré del eterno día
desbordada a un impulso involuntario,
y alumbró el firmamento de tal modo
que su inmenso esplendor lo cegó todo.

Cual oscuro tizón expiró luego
ahogado entre su luz el sol brillante:
puntos de sombra, sin color ni fuego,
fueron los astros de su luz delante:
y todo ojo inmortal quedó al fin ciego
en tan supremo y temeroso instante:
y todo, en fin, cuanto creado estaba
con la luz del Señor reverberaba.

Un cuerpo solamente resistía
el resplandor de la infinita hoguera:
una sombra no más manchar se vía
la luminosa creación entera.

Una no más permanecer podía,
y a un espíritu sólo dable fuera
resistir a su fúlgido dominio:
el ángel del dolor y el exterminio.

Él nada más fatídico levanta
su aterradora y colosal figura,
entre tanto esplendor y gloria tanta,
triste, medrosa, funeral y oscura.
Sólo él espera con inmoble planta
al Dios que llena el orbe de pavor:
sólo él no tiembla cuando Dios respira,
sólo él de frente su semblante mira.

Abriéronse las puertas eternas
del sagrario de Dios, en cuyo interno
no entraron ni aún los ojos inmortales
de los electos de su amor paterno.

Abriéronse, y llegando a sus umbrales
así hablaron el ángel y el Eterno:

«—Señor, ¿qué mandas? —Mi balanza toma.
—¿Qué he de pesar? —Los vicios de Sodoma.»

Obedeció el arcángel, y poniendo
la clemencia de Dios y la esperanza
en un plato y en otro el fardo horrendo
de Sodoma, alzó al aire la balanza.
Cedió el platillo de Sodoma, y viendo
que el otro el peso a equilibrar no alcanza,
dijo el ángel: «Pentápolis es mía»,
y Dios: «Perezca la ciudad impía.»

Tornó a entrar el Señor en su sagrario,
tornó a plegarse el misterioso velo
que de la Trinidad cerca el santuario,
y volviendo a elevar su torvo vuelo
el arcángel fatal, a su ordinario
curso volvió naturaleza y cielo,
y el sol que en occidente se sumía
a Sodoma marcó su último día.

— (A partir de este verso hasta «¿Qué habrá ante Dios? La eternidad vacía.», tenemos los mismos versos que el poema Ira de Dios del tomo octavo de las poesías de José Zorrilla.)

Canto IV

I - Lot

Vivía en aquellos tiempos
en la opulenta Sodoma
un varón prudente y justo
con dos hijas y su esposa.

Lot le llamaban sus gentes,
y el extranjero las otras
de la ciudad; que nacido
era en comarcas remotas

En *Ur*, tierra de caldeos,
brilló su primera aurora,
y cuando a fijarse vino
en la ciudad populosa,
era ya de edad proveya
y trajo hacienda no poca;

y en toda aquella comarca
que las amarillas olas

del Jordán, plácidas riegan,
y fertilizan y abonan,
jamás se vieron manadas
tan bellas y numerosas

cual las de aquel extranjero,
que de regiones ignotas
llegó a avecindarse un día
en las tierras de Sodoma.

Las lanas de sus ovejas,
que por llanuras y lomas
triscaban, eran más puras
que la cándida corona

de nieves, que el sol de mayo
con mil cambiantes colora,
del Líbano en la alta frente
que con las nubes se toca.

Las mieles de sus colmenas
más que de Hiblea sabrosas,
excedían en fragancia
a los más ricos aromas.

Y, en fin, de sus heredades
los zagales y pastoras

y damas, unos esclavos
y egipcias siervas, remonta
a número tal, que cuando
caminaba hacia Sodoma,
y al caer la tibia tarde
plantaba sus tiendas todas,
en las riberas que bañan
del Jordán las mansas olas,
a esperar de un nuevo día
la resplandeciente aurora,
más que simple caravana
de estirpe o familia sola,
plantado aduar parecía
de una tribu numerosa.

Por eso los habitantes
de las ciudades famosas
que por ser cinco llamáronse
en la lengua más sonora
Pentápolis, con respeto,
si bien con no candorosa
intención al buen anciano
cercaban a todas horas.

Él su amistad recibía
de los bosques a la sombra,

o bien en calles o plazas;
pues mirando por su honra,
jamás permitió a ninguno
de los hombres de Sodoma,
penetrar en el secreto
do vivían sus matronas.

Empero, estaban sus hijas
en edad de ser esposas;
y Lot, entre los mancebos
de la ciudad, eligiólas

los dos que entre ellos hallara
de más apuestas personas,
de fortunas más crecidas
y costumbres más virtuosas.

II - Los dos ángeles

Mas sucedió que una tarde
de calor, salióse fuera
Lot de su casa, y sentóse
de Sodoma ante las puertas.

Era una tarde de estío,
cuando la hora postrimera
del sol lucía, y lazando
de sus entrañas la tierra

el fuego que todo el día
la abrasara y consumiera,
subía de sus vapores
una sofocante niebla.

Ya el rubio sol del ocaso
tocaba a las anchas puertas,
y apenas se descubría
su fúlgida cabellera;

cuando Lot vió aproximarse
por una vecina senda,
dos mancebos peregrinos
de altiva y noble presencia.

Nada ostentan sus personas
que a vista vulgar parezca
exceder de los humanos
la común naturaleza;

pero Lot, que ante el temido
Rey de la creación entera,
por su prudencia y virtudes
favor no pequeño encuentra,

vislumbra en los caminantes,
al través de su modesta
actitud, claros indicios
de una raza más perfecta.

Dos ángeles son, que envía
de Dios la mano severa
de los vicios de Sodoma
a tentar la última prueba;

los custodios son que un día
a aquellas comarcas diera,
dos purísimas sustancias
que viendo la ruina cierta

de aquellas cinco ciudades
que a entrambos tan caras fueran,
tristes y lentos caminan
por la tortuosa senda.

Púsose en pie presuroso
Lot, y tomando carrera
llegó de los paraninfos
a la divina presencia:

y en reverente postura,
el rostro contra la tierra:
«Ruégoo, divinos señores,
les dijo, que a la derecha

torzáis, y de vuestro esclavo
en la mísera vivienda,
lavéis el polvo que cubre
vuestras plantas sempiternas;

que apenas la madrugada
raye en el cielo, serena,
seguiréis con más descanso
la empezada marcha vuestra.

—No podemos el convite
aceptar de tu largueza:
pasar debemos la noche
sin salvar de humanas puertas

el umbral.» Lot no desmaya,
y con humildad extrema
a que acepten su agasajo
los estrecha en gran manera.

Ceden, al fin, los custodios,
y torciendo a la derecha,
Lot delante, al fin entraron
de Sodoma por las puertas.

III - La casa de Lot

En una sala espaciosa
de la patriarcal morada,
están los dos peregrinos
que con Lot antes entraran.

Dos siervos adolescentes,
en cuyas morenas caras,

del ígneo sol de la Nubia
se ve la candente marca,
se ocupan, con el auxilio
de yerbas y puras aguas,
en lavar el rubio polvo
que mancha de ambos las plantas.

No hay en el vasto triclinio
lámparas de oro colgadas,
ni orientales pebeteros
ricos aromas exhalan;
ni alfombras cubren el suelo,
ni candelabros de plata
lo iluminan; ni en gran pompa,
cual la soberbia romana

un día inventó, se miran
ánforas de oro talladas
llenas del hirviente zumo
de la engañadora parra;

los vasos de roja arcilla
zumos traidores no guardan.

Henchidos se van los unos
de las cristalinas aguas

que de lo montes vecinos
en raudos torrentes bajan

y en rojos búcaros cogen
de Lot las negras esclavas.

Otros, purísima leche
encierran en sus entrañas;
y en otros, en fin, fermenta
dulce el licor de las palmas,
aquel licor que algún día
del mismo Dios en compañía,
allá en el Edén florido
bebiera el primer patriarca.

Teas de pino y de enebro
alumbran la hospitalaria
mansión, y adobadas pieles
cuyas blanquísima lana
en suavidad y finura
a la matutina escarcha
excede, cubren el piso
de aquella modesta estancia.

IV - Las dos hermanas
En tanto Lot del secreto
recinto, donde con sabia
costumbre, en aquellos días,
padres y esposos guardaran

a sus mujeres, con rostro
en que la paz de su alma
se ve, y el gozo que siente
del honor que hay en su casa,

sale: sus pasos precede
con priesa a sus años rara
su esposa, y detrás caminan,
por las manos enlazadas,
dos bellísimas doncellas,
que al ver las dos nuevas caras
de los rubios peregrinos,
con timidez se adelantan.

Las hijas son en quien funda
su amor y dicha el patriarca;
y a humanos ojos no fuera
posible al considerarlas

cual ora se ven unidas,
pensar que fuesen hermanas:
tan distinta es su belleza,
aunque en las dos extremada.

La que a diestra mano viene
es la mayor; a ésta, Sara
la llamó al nacer su padre,
y es nombre que a su arrogancia

conviene: del lindo rostro
es la tez algo atezada,
y de azabache pulido
la cabellera que esmalta

su semblante, y que en dos trenzas
con esmero entrelazadas,
cae meciéndose en el cuello
sobre la mórbida espalda.

Sus labios son rubicundos
como una abierta granada,
y los dientes pequeñuelos
que al entreabrirse declaran,

más que el diamante son duros
y parecen a distancia
hilos de nevadas perlas
en campo de roja grana.

Turgente el virgíneo pecho,
y la cintura gallarda
tan breve, que puede un niño
con las manos abarcarla.

Mano y pie son dos prodigios
de pequeñez tan enana,
que parece no crecieron
desde el albor de la infancia.

Pero sus dos negros ojos
so sus más temibles armas;
que cuando mira con ellos
las almas quedan esclavas.

La segunda, a quien por nombre,
y el nombre también le cuadra,
Melka su padre le puso
por su índole tierna y blanda,

es de tez tan blanca y pura
como las conchas de nácar
que arroja el mar a la orilla
en las costas de la Arabia;

caen los sedosos cabellos
en ondas ensortijadas,
más rubios que el sol de estío
en las más puras mañanas;

cándido es su ebúrneo cuello
como el del cisne, y la espalda
y el redondo pecho, ofuscan
a las perlas esmaltadas;

rojo coral son sus labios,
nieve sus dientes, y grana
sus ojos, como el zafiro
que el mar en sus senos guarda.

Los pies, manos y cintura,
breves son como en su hermana;
y en algo más se parecen,
que altas y esbeltas son ambas;

y al andar ambas se doblan
como se mecen las cañas
al soplo de blanda brisa
al borde de las quebradas;

o como en las altas rocas
se cimbran las verdes palmas
cuando alienta furibundo
el viento de las borrascas.

Al llegar Lot con sus hijas,
los huéspedes se levantan,
y alrededor de la mesa
do se mira preparada

la cena, sin distinciones
cual las que ora son usadas
entre los hombres, se sientan,
cabe a su esposo la anciana,

junto a Melka un peregrino,
el otro al lado de Sara;
y en plácida unión partieron
entre sí las ricas viandas:

que en aquel tiempo dichoso
hasta el mismo Dios bajaba
al mundo y se divertía
con las costumbres humanas.

Canto V

Desde el alcázar lóbrego
de luto revestido
que es de la muerte cárdena
terrífica mansión,
de truenos y relámpagos
sangrientos circuído,
muy más que el viento rápido
feroz sale Abdalón.

Plegadas lleva al cuerpo
las alas voladoras
que velan, mas no ocultan
el rojo resplandor
del fuego, que en mil ráfagas,
de muerte precursoras,
brota el mirar fulmíneo
del Exterminador.

Espíritu fremente,
que el alba diamantina
del éter sempiterno
conturba a su pasar;
ejecutor que al mundo
la cólera divina
envía sus ofensas
terribles a vengar:

desvíanse a su paso
los rubios querubines,
los ángeles y arcángeles
se apartan con temor:
la vista bajan trémulos
los altos serafines,
ante el ministro lúgubre
de la ira del Señor.

Y Tronos, Potestades,
Dominios y Virtudes,
los que en la lid períncritos
vencieron a Luzbel,
ora se ven con tímidas
postradas actitudes,
ante el poder satánico
de aquel fatal poder.

Un ángel sólo atrevese
del fúnebre emisario
la marcha rapidísima
un soplo a detener;
un ángel que cerníase
de Dios sobre el santuario,
espíritu hermosísimo
con rostro de mujer.

Un ángel que a los míseros
en este mar del mundo,
cuando en sus olas turbidas
la negra tempestad
de engaños y dolores
el ábrego iracundo
agita, de sus alas
al bronco revolar,

les hace que confíen
de paz y de bonanza
en días más serenos
allá en lo porvenir;
el ángel de los huérfanos,
la luz de la esperanza
que cabe al débil hombre
camina hasta morir.

Más leve y perfumada
que la expirante brisa
que plega por la tarde
las alas de la mar,
se acerca el ángel cándido
con virginal sonrisa
a aquél con quien las lágrimas
van siempre y el pesar.

Las manos enlazadas
en la actitud del ruego,
aboga por Pentápolis
con argentina voz;
mas Abdalón respóndele
de enojo y de ira ciego:
«¡Aparta, blando espíritu:
el Sumo lo ordenó!»

Y con torvo mirar, la forma pura
lanza lejos de sí su mano airada,
la cual tornó a cernerse en el altura,
la tierna faz en lágrimas bañada:
un inmenso gemido de amargura
turbó en redor la celestial morada,
mientras el ministro del furor divino
prosigue hacia la tierra su camino.

Y atraviesa más rápido que el viento
las bóvedas do están los inferiores
celestiales espíritus sin cuento;
do en himnos, que a los blandos ruseñores
dieran envidia, en perennal contento
cantan a Jehová sumos loores:
pero su canto puro apena alcanza
allí donde se cierce la esperanza.

Y prosiguiendo el ángel su carrera
por las inmensas salas diamantinas,
en breve pasa la vecina esfera
en donde sobre nubes zafirinas
debe vivir la santidad primera;
separada por diáfanas neblinas
de los seres purísimos, alados,
que del cielo a la par fueron creados.

Atravesó por fin la jerarquía
postrera, do en millones de millones
viven ahora en paz y en alegría
los vivientes de mil generaciones:
aquella inmensa bóveda vacía,
entonces, de habitantes y canciones,
pasa el torvo Abdalón en un instante
y sigue por el cielo hacia adelante.

Un arcángel de luz resplandeciente
guarda del cielo la eternal salida,
el cual viendo a Abdalón, huye tremente
y su deber y gloria a un tiempo olvida:
sin obstáculos sale el inclemente
ministro, y disponiendo su partida,
desplega al fin las pavorosas alas
atrás dejando las eternas salas.

Cual águila voraz, que desde el cielo
donde del sol se cierne cara a cara,
alcanza a ver en el herboso suelo
la grata presa, por que tanto ansiara;
y en su iracundo ardor de un solo vuelo
salva la inmensidad que le separa
del objeto infeliz, y en un segundo
las garras ceba en él y pico inmundo:
tal, en saña implacable el pecho ardiendo
el Exterminador se precipita,
las negras alas sin cesar batiendo,
la dura a ejecutar sentencia escrita:
de su pecho se escapa un grito horrendo
del odio crudo que su ser agita,
y en vuelo más veloz que la paloma
cruza Abdalón el aura hacia Sodoma.

Como el rayo, atraviesa aquella zona
do en sus ejes eternos suspendidos
giran orbes sin fin, que son corona
a los astros del hombre conocidos:
jamás la humana ciencia, aunque blasona
de penetrar misterios escondidos,
ni ojos mortales, ni terrestres vientos,
llegaron hasta aquellos firmamentos.

En aquellas balsámicas regiones
nunca se acaba ni comienza el día;
no hay mudanzas allí, no hay estaciones,
tarde, mañana, aurora o medio día:
jamás los furibundos aquilones
allí movieron tempestad bravía,
ni jamás hondos truenos rebramantes
oyeron sus felices habitantes.

Allí siempre la atmósfera es serena,
suave la luz, el céfiro apacible;
corren los ríos en dorada arena
y en un mar se confunden bonancible;
el aire es puro, la campiña amena,
y cuanto a las miradas es visible
ya cerca, ya en remota lontananza,
todo respira paz y bienandanza.

Nunca ronco tronó clarín de guerra
en aquellas riberas afortunadas,
ni taló la discordia aquella tierra,
ni hubo malas pasiones desbandadas:
ni el hambre, ni la sed que al hombre aterra,
ni cobardes traiciones, ni emboscadas:
ni hubo males, ni pestes, ni quebrantos,
ni gemidos, ni súplicas, ni llantos.

Que viven sus sencillos moradores
en tierna unión y dicha inexplicable;
puros son y constantes sus amores,
y su amistad tiernísima y durable:
allí no existen siervos ni señores
como en nuestro destierro miserable,
y aquella tierra ante su Dios perfecta
es del bien la comarca predilecta.

Por eso, atravesando sus confines
volvió Abdalón los fulminantes ojos;
que en vez de aquellos plácidos jardines,
sangre anhela, y estragos y despojos;
y como Jehová, por altos fines,
le nombró ejecutor de sus enojos,
sonríe de esperanza, y hacia el mundo
acelera su vuelo furibundo.

Ya llega al sol y entre los orbes gira
que forman el sistema planetario;
ya la tierra descubre ardiendo en ira,
y su furor redobla sanguinario:
el postrer día moribundo expira
de Pentápolis: rojo, funerario,
resplandor, en las cimas de los montes
brilla y en lo cercanos horizontes.

Del Líbano en la cúspide altanera
posa en fin Abdalón el pie cansado,
que ya toca al final de la carrera
que en su justicia Dios le impuso airado:
con mirar en que el rayo reverbera
sólo aguarda que la hora haya llegado
de Sodoma, y que caiga en su dominio
un campo más de incendio y de exterminio.

Canto VI

I - Los sodomitas

Y sucedió que apenas del banquete
levantado se habían, grandes voces
llegaron hasta allí.— Tal como suelen
en cruda tempestad los aquilones
frementes rebramar, así iracundos
los torpes de Sodoma habitantes,
en confuso, estruendoso vocerío,
clamaban con furor: «¿Do están los hombres
que esta noche en tu casa introdujiste?
¡Sácanoslos acá!» Sobre sus goznes
giró de Lot la claveteada puerta,
el cual cerróla tras de sí: los torpes
a su vista, los gritos aumentaron,
y al creciente rumor de sus clamores:
«¿dónde están, dónde están los peregrinos?

decían, ¿dónde están?, por qué se esconden?
¡Sácanoslos acá!» — Con suplicante
voz y humilde ademán, Lot respondióles:
«¡No queráis, por piedad, hermanos míos,
tal crimen cometer! — De mis amores
dos hijas sólo tengo, dos doncellas
que en hermosura eclipsan a los soles
que alumbran en el ancho firmamento;
ninguna de las dos lascivia torpe
ni amistad de varón ha conocido;
ambas os la daré; vuestro furores
podéis saciar en ellas, si así os place;
¡mas respetad, os ruego a los dos jóvenes,
que cobija mi techo hospitalario!»
Pero en crudos acentos bramadores
así le respondieron: «¿Tú has venido
de extranjeras comarcas, y te pones
como juez, nuestro fueros y costumbres
osado a combatir? Si a esos dos hombres
al punto no nos das, sobre los tuyos
y sobre ti caerán males peores.»
Y haciendo al hombre justo gran violencia,
pugnaban por entrar con grandes voces
y ya la antigua puerta rechinaba
con doliente crujir sobre sus goznes.

II - El socorro

Cuando de entrambos ángeles
los rostros refulgentes
aparecieron túrbidos
a las feroces gentes:
y al rayo que fulgura
en su mirada pura,
se replegaron trémulas
las turbas sobre sí.

A Lot entonces rápidos
asieron de la mano;
y del primero al último
al joven y al anciano
y al niño que los viera,
de súbita ceguera
los hieren, y la atmósfera
ya puebla su gemir.

Y a tientas en las hórridas
tinieblas que los cercan,
con lastimeras súplicas
de nuevo a Lot se acercan:
y con humilde llanto
y voz de inmenso espanto,
entre gemidos lúgubres

imploran su perdón.

Mas de los dos espíritus
la voz que el aire atruena,
responde así a los míseros:

«Ya la medida llena
de torpes liviandades
está, y de iniquidades;
¡generación de réprobos,
no esperes redención!»

¿Cómo, ¡ay! en voces débiles
de lenguas terrenales,
cómo en oscuros séviles,
e imágenes mortales,
pintar el alarido
inmenso, indefinido,
que aquellas turbas cárdenas
lanzaron a una voz?

Aquí una humilde súplica
de alto dolor es prenda;
de maldición satánica
allá un a voz tremenda:
y en hórrida armonía
por la región vacía,
retos, blasfemias, lágrimas,
van en revuelto son.

Tal en las negras bóvedas
del tenebroso averno,
donde Luzbel indómito
vive en dolor eterno,
sonó el primer rugido
del ángel maldecido,
que osó lidiar impávido
de un Dios contra el poder.

En tanto las sacrílegas
gentes confusas huyen;
y en las tinieblas lóbregas
que en torno los circuyen,
se llaman, se codean,
se insultan, se golpean
y en estridente vórtice
no cesan de correr.

III - La fuga

Entonces a Lot, los ángeles:
«¿Hay alguien que te toque, yerno o nuera,
hijo o deudo que esté de casa fuera?
Ve rápido en su busca
si no deseas que esta noche muera.

Que del celeste empíreo
del sumo Jehová somos enviados.

Llegaron de Sodoma los pecados
hasta su eterno trono,
y sus días aquí ya están contados.»

Lot, pues, como el relámpago,
oprimido del miedo y la tristura
corrió hacia la mansión en derechura
de sus futuros yernos,
y en voz doliente y que le embarga el pasmo:

«¡Alzad del lecho, míseros,
alzaos!, exclamó. De Dios la mano
enviará sobre el joven y el anciano
la muerte antes del día,
en el recinto de Sodoma insano.»

Mas ellos al terrífico
rumor de sus acentos inseguros:
«vuélvete, respondieron, a tus muros,
que de burlas no es hora»;
y a dormir se volvieron muy seguros.

Entonces, tomó Lot desesperado
de su casa el camino;
y de los dos mancebos apiadado
lamenta su destino.

Y vacila y se para en la carrera,
y el paso atrás revuelve;
mas de nuevo sonó la voz severa

y a su camino vuelve.

Y sigue, sumergido en la amargura
la débil planta, incierta,
atravesando la estancia oscura
de la ciudad desierta.

Era la hora en que el naciente día
celajes mil anuncian de oro y grana,
y las aves en plácida armonía
saludan el albor de la mañana:
pero en Sodoma aún la noche umbría
se muestra de los mundos soberana,
y Lot, con gran trabajo y pena suma,
llegar pudo a su casa entre la bruma.

Preparados al viaje, allí le esperan
en pie los dos mancebos celestiales,
y ambos a las mujeres aceleran
con palabras y gestos de mortales:
ya los primeros rayos reverberan
de Dios en los eternos arenales,
cuando la comitiva silenciosa
la ciudad atraviesa tenebrosa.

Como una corta, inerme caravana
cruza los arenales del desierto,
temiendo del Simún la furia insana
o los fétidos miasmas del mar Muerto;

y mientras más camina más se afana,
y hasta llegar al anhelado puerto
calor y sed arrostra y hambre dura,
porque tan sólo allí se cree segura:

Así Lot, con los suyos caminando
va sin cesar por calles y por vías,
siguiendo las pisadas que trazando
van en la arena sus celestes guías:
y acaso escuchan el rumor nefando
del baile y de las cántigas impías,
y las risas y apóstrofes brutales
que surge de las torpes bacanales.

Por fin pasaron la ferrada puerta
de la impura ciudad, y un breve instante
reposaron allí la planta muerta
y el oprimido pecho jadeante:
y estando ya de la campiña abierta
en medio, su camino hacia delante
prosiguieron derecho a un alto monte
que al Este limitaba el horizonte.

Pero antes de seguir, con voz severa
a Lot, así dijeron los alados:
«Corre sin detenerte en la carrera
y cotos salva, y setos y vallados:
y aunque llegue a tu oído lastimera

plegaria, o de los truenos disparados
el bramido, hacia atrás nunca el semblante
vuelvas, que serás muerto en el instante.»

Y asiendo a las mujeres de la mano
con palabras de amor las consolaban,
y dando prisa al afligido anciano
con acentos de brío le animaban.

Y atravesando ya el inmenso llano
que circunda a Sodoma, se alejaban
del amor espoleados de la vida
de la torpe comarca maldecida.

Canto VII

La hora sonó. La omnipotente mano
en cuya palma el universo gira,
aquel de soberanos soberano
en alto levantó: —muerte respira
la amenaza mortal que de sus ojos
en raudales fulmíneos se desprende;
y la hueste inmortal puesta de hinojos
las sumas iras en silencio atiende.

En sus quicios eternos quebrantados
vacilan los celestes artesones,
y el aliento detienen asombrados
los genios de los rancos aquilones:
yermo de luz, detiene su carrera
de los astros el número infinito,
y tiembla en fin la creación entera
del cielo azul al lóbrego Cocito.

Para el mar las corrientes bramadoras
que en su abismos cóncavos habitan,
y las inmensas turbas nadadoras
en los antros sin fin se precipitan:
sécanse los copiosos manantiales
de los ríos, que el sólito tributo
no dan al mar, y ardientes arenales
resbalan sólo entre su cauce enjuto.

Pierde la selva umbría su verdura,
su puro azul el cielo encapotado,
y se lanzan del bosque a la llanura
confundidas las fieras y el ganado.
Y unidos suenan al postrer lamento
del orbe de la tierra estremecido,
del tierno ruiñeñor el blando acento
y del león el lúgubre rugido.

Sodoma, Seboín, Gomorra, Adama,
sacrílegas ciudades maldecidas,
¡ay de vosotras, que en la impura llama
del deleite vivís endurecidas!
¡Ay de vosotras, ay, que del pecado
os revolvéis entre el inmundo cieno!
¡Ay del pueblo que duerme aletargado
del torpe vicio en el letal veneno!

Torpe generación de torpe gente,
¡ay tres veces de ti! Ya cruda brilla
amagando caer sobre tu frente
desnuda al aire la inmortal cuchilla.
¡Un ay de contrición, un ay tan sólo
alzado en vuestra lúbrica demencia!
¡Ved que se cierne ya de polo a polo
el torvo ejecutor de la sentencia!

En tanto de Sodoma en el recinto,
como en Gomorra, Seboín y Adama,
de voces un confuso laberinto
sólo al deleite por su Dios aclama:
redobla el aire espeso en sangre tinto
el devorante ardor que los inflama,
y se mezcla a los cantos de la orgía
el hipo precursor de la agonía.

Un relámpago inmenso, ensangrentado,
rasgó en dos la enlutada vestidura
del cielo, hasta aquel punto encapotado,
en luz tornando la tiniebla oscura;
y un asordante trueno, disparado
por la mano de Dios, desde la altura
pobló en señal de la divina guerra
los ámbitos del aire y de la tierra.

De aquel ruido al retumbar tremendo
se lanzan en tropel los sodomitas,
y por calles y plazas van huyendo
aquellas turbas por su Dios malditas:
repugnante espectáculo y horrendo,
sus frentes son con el pavor marchitas,
aquellos rostros del deleite ajados,
ora con el temor desencajados.

Húyense unos a otros: no hay ternura
ni blando suplicar, ni ruego amante,
que baste a detener en tal pavora
el uno junto al otro un breve instante:
que en día de tan hórrida amargura
no hay lazo fuerte, ni temor bastante
a retener al mísero que espera
salvarse acaso en la veloz carrera.

Aquí deja con planta presurosa
el amigo a su amigo abandonado:
mírase allá la moribunda esposa
llorar la ingratitud de su adorado:
más lejos, en la arena polvorosa,
del hijo de su amor se ve arrojado
el anciano infeliz. ¿Mas qué? ¡Si olvida
la madre al tierno ser a quien dió vida!

Jamás con tan fatídicos colores,
ni en acento tan hosco y tremebundo,
del cielo los terríficos furores
oyó anunciar el asombrado mundo:
ni cuando en mil torrentes bramadores
bajaron desde lo alto hasta el profundo,
rotas las cataratas celestiales
a anegar a los míseros mortales.

Ni cuando allá del Gólgota en la cumbre
se vió expirar en posteriores días,
por librarnos de eterna servidumbre
sobre una cruz al salvador Mesías;
que alto en el cielo el sol perdió su lumbré,
y al mirar las supremas agonías,
la tierra retembló, quedando abiertas
las tumbas de cadáveres desiertas.

Ni entonces, ni después, ni antes se viera
horror tan grande con humanos ojos;
hierva del cielo en la anchurosa esfera
un inflamado mar: torrentes rojos
de la líquida hoguera chispeante
en ondas gigantescas se desprenden,
y en voz cual la del trueno rebramante
cruzan las nubes y los aire hienden.

Corre, empero, la turba maldecida
en torno sin cesar del alto muro,
sin hallar a sus pies una salida
de las tinieblas entre el manto oscuro.
A tientas va la muchedumbre herida
cual los otros de súbita ceguera;
mas sobre sus cabezas suspendida
sienten la abrasadora hirviente hoguera.

Y se oyen del temor a los gemidos
mezclarse juramentos espantosos,
y retos insensatos van unidos
a quejas y suspiros lastimosos;
jamás tan furibundos alaridos,
lamentos de dolor tan angustiosos,
ni ayes tan tristes, ni blasfemias tales
oyeron las cavernas infernales.

En tanto Lot, con su familia entera,
guiado por los ángeles camina
del Jordán por la plácida ribera
y hacia el cercano monte el paso inclina;
mas cansado del susto y la carrera,
llegando a descubrir ya muy vecina
de Bala la ciudad, así postrado
se dirige al Señor que le ha salvado:

«¡Señor, Señor! que tu poder mostraste
y tu clemencia ya en tu indigno siervo;
Tú que justo su causa separaste
de la causa del torpe y del protervo:
ve que al sumo temor que me enviaste
y al camino a mis años tan acerbo,
no me puedo salvar donde dijiste,
porque ya el cuerpo débil no resiste.

Más acá de ese monte se levanta
reducida ciudad; allí en sosiego,
pues tu misericordia fué ya tanta,
¡déjame descansar! —Oí tu ruego,
le respondió el Señor; con firme planta
puedes en ella entrar, que yo del fuego
la perdono, y de hoy más será llamada
Segor, pues a tu ruego fué salvada.»

Mas ya la ira celeste descendía
sobre la tierra en torbellinos rojos,
y al terrible rumor, que estremecía
de susto el corazón, atrás los ojos
volvió la esposa del patriarca impía:
y al contemplar los turbidos enojos
de Jehová, de horror petrificada
en estatua de sal quedó trocada.

Canto VIII

CONCLUSIÓN

Alto en el cielo el sol sus rayos de oro
vibraba sobre el mundo,
derramando en espléndido tesoro
vida y calor fecundo:

cuando Abrahán, del perezoso lecho
alzándose al proviso,
a aquel lugar se encaminó derecho
do el Sempiterno quiso,

en el día anterior, de su venganza
anunciarle la hora;
y caminando va sin esperanza,
y aún su clemencia implora.

Y llegado a la cima, con tremante
mirar giró los ojos,
temiendo ver la pompa fulgurante

de los sumos enojos.

Toda aquella feraz amplia comarca,
tan opulenta un día;
todo cuanto Pentápolis abarca,
es soledad vacía.

Nada se escucha; ni rumor de gente,
ni el sólito mugido
del toro, ni del perro el estridente
doméstico ladrido:

ni el rugir de la fiera en lo lejano
que al cazador avisa;
ni el grito del insecto en el pantano,
ni el soplo de la brisa.

Ni el susurro del aura entre las flores,
ni el murmurar de las tranquilas fuentes,
ni del viento los tonos bramadores,
ni el cóncavo rumor de los torrentes.

Sólo mira Abrahán en la desierta
llanura que hay en torno,
de humo y pavesas bocanada incierta
salir como de un horno.

Y en medio, como en costa solitaria,
acaso surge un faro;
sola y triste, se ve la hospitalaria

Segor a Lot reparo.

Sodoma, Seboín, Gomorra, Adama,

¿do fué vuestra grandeza?

¿Qué fué de vuestra pompa y vuestra fama
y brío y gentileza?

¡Ay! todo pereció. Mísero ejemplo

de las divinas iras,

el hombre y animal, teatro y templo,

fuisteis vivientes piras.

Y sólo quedan del mortal estrago,

memoria eterna a los futuros hombres,

sobre las olas fétidas de un lago

vuestro crimen escrito y vuestros nombres.

FIN

Índice

Canto I	4
Canto II	18
Canto III	26
Canto IV	38
Canto V	52
Canto VI	61
Canto VII	70
Canto VIII	77